JAVI ZANELLI

QUITRAL



Áurea Ediciones

© Quitral
Sello: Nepenthe
Primera edición: Octubre 2024
© Javi Zanelli
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Camilo Palma
Corrección de textos: Gonzalo León
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna
Diseño Interior: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Providencia 2594, local 417, Providencia, Chile
ISBN:
Registro de Propiedad Intelectual: 2024-A-2812



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

1 Prefacio



Luciano Apoleo siempre había sido un enigma para mí. Lo conocí por primera vez cuando tenía siete años, después de que mi familia descubriera que practicar brujería en Santiago era medio peligroso. Nos obligaron a mis hermanas y a mí a mudarnos a Chiloé, porque supuestamente sería un lugar más seguro para nosotras, y fue allí donde comenzaría mi obsesión por ese muchacho.

Era el vecino de mi misma edad con el que siempre quise jugar, pero mi mamá me lo tenía estrictamente prohibido. Era raro, no era como si mi madre me prohibiera muchas cosas. Era la típica mamá a la moda, de tacones altos, corte pixie y ropa estilosa. Hablaba de libertad con un cigarro en la boca y una copa de vino en la mano. Y, por supuesto, predicaba sobre feminismo: ¿cómo no hablar de feminismo en una familia donde solo las mujeres portaban

el don de hacer magia?

Recordaba a Luciano como un niño lindo, de tez ligeramente morena pero que se veía pálida por la falta de sol, pelo negro ondulado, ojos negros y rasgos angulares. De apariencia despistada, desganada, siempre vestía de negro. Parecía como si siempre estuviera enfermo. No entendía por qué tenía un aspecto tan lúgubre a tan corta edad, pero a mi lado más morboso le fascinaba. Mi intriga era tanta que me solía escabullir junto a él durante las tormentas a jugar a las escondidas en el bosque. Era nuestro pequeño ritual secreto.

Un día, pasando por el cementerio, mientras jugábamos se desplomó y convulsionó. Tenía los ojos blancos y espuma salía de su boca. Me asusté, arruiné nuestro pequeño secreto y corrí a contarle todo a mamá. Desde ese día, a pesar de que íbamos juntos al mismo colegio rural, nunca volvimos a vernos ni a dirigirnos la palabra. No podíamos, nuestras familias no lo permitían. De vez en cuando cruzábamos las miradas por los pasillos y un escalofrío recorría mi cuerpo. Algo había cambiado en él, en nosotros. No sabía qué era, pero lo sentía en lo más profundo de mi ser.

Al cumplir la mayoría de edad, decidí irme a estudiar psicología a Santiago, y a vivir un tiempo con mi papá para intentar alejarme de mi maldita herencia materna. Creí que podía dejar los rituales de sangre, los maleficios y al enigmático Luciano en mi pasado, pero una simple llamada cambiaría las cosas radicalmente y me traería de vuelta al camino oscuro del que intentaba huir.

2 Artilugio



m. Ardid o maña, especialmente cuando forma parte de algún plan para alcanzar un fin.

Siempre he pensado que mi vida es un artilugio. Un artilugio que funciona para arreglar constantemente las vidas de los demás: de mi familia, de mis amigos, incluso de extraños. Debía poner límites, pero no era la mejor poniéndolos. Quizás por eso había elegido ser psicóloga. Si estaba destinada a poner mi vida al servicio de los demás, al menos la profesión me permitía cobrar por ello.

—¿Vas a ir a buscar tu diploma? —me preguntó Magnolia, mi mejor amiga en el mundo entero, y quien recientemente se había convertido en mi *roomate*.

Me encogí de hombros. Yo creo que Magnolia podía notar que estaba algo deprimida. En general podía sentir lo mismo que yo. Estábamos conectadas. Siempre bromeába-

mos que estábamos destinadas a estar juntas y que nuestro sueño era tender un poco al lesbianismo para poder formar una familia a nuestra pinta. Lamentablemente éramos demasiado heterosexuales para que ese fuera el caso. Nacimos con cuatro días de diferencia: ella en el solsticio de invierno y yo cuatro días después, en vísperas de la noche de San Juan. Desde el día uno fuimos inseparables y, con el paso de los años, ya no podías notar dónde empezaba una y dónde terminaba la otra. Éramos dos partes de un todo, éramos almas gemelas.

—¿Amiga? —volvió a llamarme para que contestara algo. Se puso seria, e incluso dejó de lado las mezcolanzas de hierbas que siempre estaba haciendo, en sus vagos intentos de hacer brujería por su cuenta, a pesar de que no tenía poderes como mis hermanas y yo.

—Creo que no —me limité en contestar. Pude ver que ponía los ojos en blanco.

—Quizás debas ir a terapia.

—Yo soy la terapeuta.

Magnolia rio un poco.

—Ya, pero en serio, ¿qué te preocupa?

—Siento que algo no va bien.

—¿Sentir normal o sentir de…? Tú sabes —dijo mientras señalaba el espacio del entrecejo, refiriéndose a donde debería estar el tercer ojo.

—No estoy segura.

—No me gusta cuando estás así. No solo porque eres mi amiga y no me gusta verte complicada, sino que porque me da miedo que empiecen a pasar cosas esotéricas de nuevo.

—Sabes que lo tengo bien controlado desde hace años.

—Ayer te vi soñar —se apresuró a decir. Y luego abrió los ojos de par en par.